BELÉN GOPEGUI

SELECCIÓN DE FRAGMENTOS

BELÉN GOPEGUI

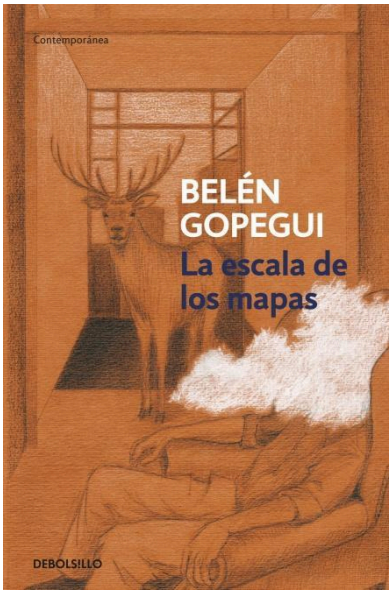


Belén Gopegui nació en octubre de 1963 en **Madrid**. Hija de Luis Ruiz de Gopegui, director de la NASA en España, y de Margarita Durán, cofundadora de Amnistía Internacional en España y protagonista de ***Ella pisó la luna, ellas pisaron la luna***. Breve y hermoso texto, reeditado recientemente, que constituye un homenaje a su madre, a su padre y a toda una generación de mujeres anónimas y en lucha por un mundo mejor.

Licenciada en Derecho por la Universidad Autónoma de Madrid, Belén empezó trabajando como colaboradora en la sección cultural de diversos medios de prensa. Su primera novela, ***La escala de los mapas***, fue editada por Anagrama en 1993 y recibió los premios ***Tigre Juan de novela*** y el ***Premio Iberoamericano de Primeras Novelas Santiago del Nuevo Extremo***. En 1995 publica su segundo libro, ***Tocarnos la cara***, en 1998 publica ***La conquista del aire*** y en 2001 **Lo real** también en Anagrama. De su novela de 2003 ***El lado frío de la almohada***, **Francisco Umbral** dijo: "reúne de nuevo todo el instrumental narrativo que Belén maneja con sabiduría, reposo y estilo personal. Belén escribe una novela como si jugase una partida de ajedrez".

Además ha escrito los guiones de las películas **La suerte dormida** (2003) de Ángeles González Sinde y **El principio de Arquímedes** (2004) de Gerardo Herrero.

En 2009 presenta la novela ***Deseo de ser punk***, con la que gana el ***VII Premio de Narrativa Española Dulce Chacón*** otorgado por el Ayuntamiento de Zafra y cuya dotación económica donará íntegramente a la Casa de la Juventud de esta villa. En 2011 publica ***Acceso no autorizado,*** un thriller político informático, en la editorial Mondadori. Sus dos novelas más recientes son ***Quédate este día y esta noche conmigo*** (2017) y ***Existiríamos el mar*** (2021). En el ámbito de la narrativa orientada a los jóvenes ha publicado ***El balonazo*** (2008), ***El amigo que surgió de un viejo ordenador*** (2012) y ***Fuera de la burbuja*** (2017).



La escala de los mapas

Año de publicación: 1993

Editorial: Anagrama y Literatura Random House

Premio Tigre Juan de Novela

Si el amor platónico dice sí..., si un día, en una parada de autobús, un hombre que fantasea con encontrarse a la mujer de quien estuvo enamorado sin ser correspondido se la encuentra, si ella le toma del brazo, se muestra ilusionada, ríe: ¿entonces qué hacer con la realidad? Sergio Prim, geógrafo de profesión, ha visto cómo su sueño de amor por Brezo Varela se cumplía y ha sentido pánico.

A lo largo de la novela buscará un hueco, un punto de quietud, una zona exenta de preocupaciones. Tal vez pueda vencer allí su dificultad para entender la escala de los otros -esto es, el modo según el cual los otros establecen relaciones de semejanza, distancia o proximidad- , acaso logre entonces poner a salvo su relación con Brezo.

1

Si un hombre pequeño nos besa la mano y acto seguido empieza a describirnos una manivela, ¿qué hacer? Dada mi actividad profesional, no deberían planteárseme estas dudas. Admito, sin embargo, que durante los primeros minutos Sergio Prim me confundió. De pie frente a mí, hablaba de la pequeña pieza. Su voz grave, estremecida, porosa, fluía con una lentitud inusual en este tipo de pacientes. Era bastante más bajo que yo. Sus brazos se movían en una capa inferior del aire, quizá por eso apenas me fijé en ellos. El recuerdo, en cambio, destaca ahora ese manoteo de ilusionista tímido, única nota disonante en el reposado aspecto del señor Prim. (…)

Conduje al señor Prim a mi despacho. El cielo se había oscurecido como si estuviera a punto de llover. Sergio carraspeó circunspecto y se instaló en uno de los sillones grandes que heredé de mis abuelos. Encendí una lámpara baja situada en el otro extremo del cuarto; su círculo de luz no nos tocaba. Antes de retirarme tras el ancho tablero de mi mesa, le ofrecí un cigarrillo que no aceptó.

—— ¿Así que piensa irse a vivir a su oficina?

Sonrió melancólico.

——No, no. Lo importante no es la oficina sino la manivela. Aunque, de todos modos, la manivela es solo una posibilidad. Hay muchos más puntos, huecos, si no tiene inconveniente los llamaremos huecos. Me dirá que no hay nada malo en frecuentar unos cuantos huecos de vez en cuando. Tiene razón, tiene razón. Pero verá—— el brazo de Sergio Prim cayó sobre el sillón con contundencia——, mi problema es que yo los necesito. Son el único modo que tengo de pararme. Esta misma tarde, si no hubiera sido por un hueco, seguramente no habría llegado aquí, no estaría conversando con usted porque le habría roto los auriculares al muchacho del microbús.

Me incorporé, moví unos papeles de sitio intentando disimular mi conmoción. Muchos años atrás había venido a mi consulta, aquejado de un problema parecido, Julio Bernardo Silveria. Su caso cambió el rumbo de mi tesis doctoral, así como también la biografía de mis afectos. (…)

Prim acercó el sillón, se inclinó hacia delante y su figura cobró fuerza. Tenía esa clase de complexión que se ve favorecida estando su dueño sentado y, a poder ser, tras un obstáculo qu oculte lo desproporcionado de su estatura. De su cuello bajaban hacia los hombros dos líneas breves. En cambio su rostro parecía concebido para coronar el uniforme de un apuesto correo del zar: ojos de zorro sorprendido, nariz recta, pómulos de triángulo equilátero; en la cabeza, rizos oscuros y, a la sombra de un ancho bigote gris con destellos blancos, labios del tono rojo pulido de una manzana de cera. (…)

—— ¿Cuál es el motivo de su visita, señor Prim?—— pregunté con el secreto temor de que el asunto del hueco fuera solo una obsesión transitoria.

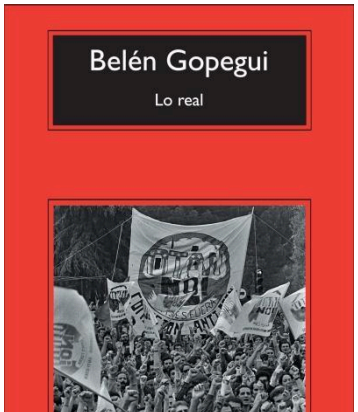
—— Yo desearía saber qué pasará con Brezo, la Esfumada—— dijo despacio ——. Desde hace una semana sus ojos vuelan como murciélagos, chocan con las paredes, dan vueltas y vueltas sobre alas de imaginarios ventiladores en todas las habitaciones donde estoy.

Sergio Prim fue hacia la ventana. Al abrirla, las cortinas de moaré se agitaron con el viento y la lámpara se tambaleó. Había empezado a llover. Me tomé un descanso de dos o tres minutos, escuchaba la lenta marea de la lluvia. Pero Prim me interrumpió:

—— Por cierto, ¿le he dicho ya que me persiguen?

El comentario me hizo reaccionar. Podía haberme topado con uno de esos tipos que se dedican a leer libros de psiquiatría, apuntan los síntomas en una libreta, los repasan y luego vienen a molestarnos. Una vez mi amor había enviado a un sujeto así para espiarme. Le observé recelosa. Su jersey claro se confundía con la tela color mejilla de las cortinas. Sergio Prim estaba de espaldas, asomado a la calle. Esférica, nocturna, su gran cabeza resaltaba. En aquel momento cerró la ventana y el cristal reflejó su rostro. Me tranquilicé. Sergio Prim tenía la expresión grave y no mentía.

Sergio Prim no mentía porque yo soy Sergio Prim.



Lo real

Año de publicación: 2001

Editorial: Anagrama. DeLibros (PRH)

Premios: Finalista del Premio de La Crítica

Finalista del Premio Fundación Manuel de Lara

Finalista del Premio Rómulo Gallegos

Ésta es la historia del periodista Edmundo Gómez Risco contada por Irene Arce, realizadora de televisión y compañera/cómplice. Edmundo inventa partes de su currículum y llega a ser un «alto cargo» en TVE, se convence en la adolescencia de que son el poder económico y el estatus social los que determinan las relaciones de los individuos; no la amistad, el mérito y la justicia. Elige, por tanto, el disimulo y la mentira como armas para lograr su objetivo: conseguir un grado de libertad mediante la posesión de un medio de producción.

Fue la semana siguiente cuando el padre de Edmundo ingresó en prisión, cuando le metieron en la cárcel. La víspera habían cenado su menú preferido: solomillos rojos con setas y patatas y, de postre, tarta de yema. Durante la cena la madre de Edmundo, su padre y él mismo se esforzaron para que todo transcurriera con gracia y agilidad. Su hermana no sabía nada. La llamaron por teléfono, lo hacían todos los domingos. Por la mañana, cuando Edmundo se levantó para ir a clase, su padre ya se había marchado.

Siguió viéndose con Jimena como si fuera otro, como si de su vida solo le importara la corteza del limón pero ni uno de los gajos. Una tarde fueron juntos al cine. No recuerda la película aunque sí que rozó la boca de Jimena con sus dedos y que ella la entreabrió y le mordía suavemente. No volvieron a tocarse nunca.

Alguien había exprimido el limón diciéndole a Jimena quién era Edmundo Gómez Risco: el hijo de Julio Gómez Aguilar, quien ocupaba un puesto de cierta relevancia, si bien no demasiada, en Matesa y acababa de ir a la cárcel. Edmundo tardó tres días en averiguarlo. Hablaban por teléfono y ella se mostraba impaciente por quedar con él, pero cuando Edmundo proponía una cita siempre la rechazaba. No dejó que volviera a buscarla a la salida de clase. Accedió a verle un viernes tormentoso en una cafetería del paseo de la Castellana.

Lo que más le dolería a Edmundo iba a ser que Jimena se hiciera la interesante, que permaneciese varios largos minutos con la mirada perdida: sin decir al camarero si quería la leche caliente o tibia en el café, hasta el punto de que Edmundo tuvo que contestar por ella; sin prestar atención a los relámpagos que atravesaban el cristal, ni a los truenos, ni a la conversación de Edmundo. Hasta que por fin él entró en el juego y preguntó qué te pasa una vez y otra. Nada, decía Jimena, no es nada.

—— ¿Nada es mi padre?—— dijo Edmundo, y al ver que ella asentía sin hablar estuvo a punto de levantarse. Se vio a sí mismo tirando un arrugado billete contra la mesa para invitarla. Pero contó hasta diez. Yo no soy diez horas mayor que tú, Jimena, sino diez años, dice Edmundo que quiso haberle dicho algunos días después. En la mesa se acordaba de su madre, que no te compadezcan, que no nos vean llorar.

—— Esta tarde —— dijo Edmundo—— llueve, pero no como nunca, y yo sí tengo ganas de vivir.

Forzó una sonrisa y llamó al camarero.

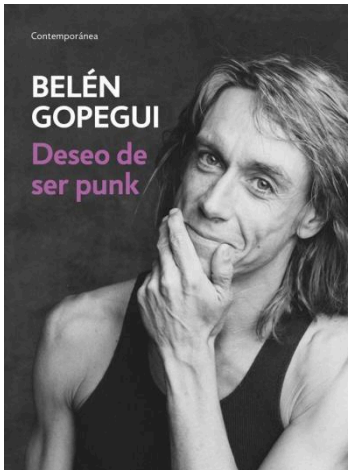
—— ¿Sabes, Jimena? Yo había pensado que tú te dabas cuenta de las cosas. La mayoría de la gente, si le preguntáramos, diría que esto es una cafetería y que tú y yo somos dos adolescentes tomando café un viernes por la tarde. No tienen ni idea. En realidad, yo no soy yo, no soy un adolescente sino que soy mi padre y tú, claro, no quieres beberte un café con mi padre. Pero también soy algo más además de ser mi padre. Yo pensaba que tú sabías eso.

El camarero acudió y Edmundo ya no tuvo que seguir hablando. Pagó, se levantó, y acompañó a Jimena hasta su calle sin llegar al portal.

Ella alcanzó a decirle:

—— Eres un creído.

Él sonrió, la tomó por los hombros para darle un beso en cada mejilla. Y dobló la esquina de la calle conteniéndose para no echar a correr.



Deseo de ser punk

Año de publicación: 2009

Editorial: Anagrama y Literatura Random House

Premio de Narrativa Española Dulce Chacón

Algo le ocurrió a Martina el 4 de diciembre. Desde entonces busca la actitud, algo que le permita no traicionar su código. Martina, a sus dieciseis años furiosos, quiere respetar su código, salirse de ese mundo dado que no comprende. En alguna parte muy cercana, en su calle, en su barrio, en su ciudad, ha de haber un espacio blanco, puro, no corrompido, sincero. Como el que resuena en las canciones de Alice Cooper, de Los Ramones; ese que trasluce la sonrisa de Iggy Pop. Un espacio donde el rock es el principio de una historia, el punk es un estado de ánimo y es posible dar y recibir y dar y recibir y dar...

1

Odiaba su música. Normalmente son los padres los que odian la música de sus hijos. Pero es que: uno, yo no tenía música; dos, a ellos les daría igual que la hubiera tenido porque yo no iba vendiéndoles a ellos lo que me gustaba. A lo mejor no debía contártelo. ¿Qué importa? Tener dieciséis años y no tener música. Hay chicas de mi edad que no tienen padres ni familia, ni cama, yo qué sé. Vale, ¿y para qué sirve comparar? Las cosas tienen que estar bien porque lo están, no porque sean mejores o peores que ninguna otra. Mi bolígrafo es perfecto. Plateado, de los que aprietas para que baje la punta. Y tiene recambios. Me gustan los recambios. Hacen que sepa que mi bolígrafo es único, lleva cinco recambios puestos por mí, dos de tinta azul y tres de tinta negra. Y ya está. No lo comparo, no me da la gana. Estoy escribiéndote con él y es todo lo que necesito. Creo que tener dieciséis años, llamarse Martina y no haber tenido música es un asqueroso desastre. Porque si la hubiera tenido sentiría que pertenezco a algún sitio, supongo. Tener música es como tener un código. Y es extraño porque yo creo que sí tengo un código.

'You, who are on the road, must have a code, that you can live by': tú, que estás en la carretera, debes tener un código según el cual puedas vivir. En inglés suena mejor, y rima un poco. Es la letra de una de las canciones que le gustan a mis padres. Creo que me dan grima porque gastan frases que me importan. O sea, desprecio a La Oreja de Van Gogh. Pero no les odio, ¿sabes?: 'Mi corazón lleno de pena, y yo una muñeca de trapo', puagh, es una estupidez, babosa, me imagino a cualquiera oyéndola mientras espera con el carro rebosante de yogures, detergente y jamón york en la cola del supermercado. Mi corazón, saco los yogures, lleno de pena, cojo el detergente, y yo una muñeca de trapo, saco la cartera. En realidad, no es música. Son sonidos empaquetados como esos juguetes de bebés con pilas que dicen 'pruébame' y aprietas y suenan cosas. La música, la de verdad, no suena: te atraviesa el cuerpo de parte a parte.

4

Salí otra vez a la calle. Había cintas de frío que me tocaban la frente, la nuca, la nariz. Estuve andando un buen rato, sin mirar las cosas ni a nadie: me fijaba solo en mis pasos y en la resistencia: durante cuánto tiempo podría seguir andando si no tuviera que volver. Llegué a una zona bastante iluminada. Era una calle ancha, con farolas más blancas y muchos bares y escaparates encendidos como si las tiendas estuvieran abiertas. Anduve un buen rato. Encontré una puerta abierta con un salón de actos al fondo, así que entré. Y fui a dar con una marciana, una señora mayor que hablaba de lo lista que era, de los miles de libros que había leído, de que cuando ella estudiaba había

pocas mujeres pero a ella no le importó y siguió adelante, dale que dale. Me quedé pálida. No me podía creer que fuera así y seguí escuchando. Pero nada, la tipa no contaba cuánto dinero ganaba aunque sí decía que tenía la mitad de los libros en su casa de la playa. No contaba si alguna vez había hecho cosas que hubiera preferido no hacer, cosas que preferiría olvidar. Parecía la ratita presumida, la, la, la, larita, barro mi universidacita. Menos mal que yo había llegado tarde y ya estaban casi al final.

Entonces se abrió el turno de preguntas y una chica de treinta tacos o por ahí le dijo que ella llevaba diez años con trabajos precarios y que había entrado en la sala para aprender algo: no para oír hablar de la biblioteca de treinta mil volúmenes que tenía esa señora; lo que a ella le importaba era saber de dónde había sacado fuerzas y dinero y qué más cosas había necesitado para llegar a tener dos casas y treinta mil volúmenes y dos puestos de trabajo. La chica le pidió menos rollo y un poco de sinceridad. No me cayó mal, era normal de alta, con melena larga y rizada, un jersey desbaratado y unos pantalones lilas.

La señora ni se inmutó; dijo, más o menos, que cada palo aguante su vela. Con su blusa blanca y su lazo negro y una falda de cuadros que se le veía por debajo de la mesa y sus zapatos con pinta de caros y sus medallas de profesora de universidad y asesora o no sé qué, le dijo a la chica que ahora todo era mucho más fácil que cuando ella era joven. Luego miró al público en general y dijo a todos, pero "especialmente a las chicas", que nosotras teníamos mucha suerte, que ella lo había tenido más difícil y que nos fijáramos en lo lejos que ha´bia llegado luchando. Costaba creérselo, lo de que había luchado, porque si te ha ido bien en la vida hay que ser una creída y una insensible para decirle a una persona que lo está pasando mal: mírame a mí.(…)

Miré el reloj pensando que de todos los sitios adonde podía haber ido a parar, ése era el más muermo de todos. Por lo menos, no muy lejos de mí estaban los pantalones lila y el pelo rizado de la chica que se había quedado sin respuesta. Si la gente que quieres se muere, y si no tienes música, quizá tampoco tengas nada que perder. Me levanté desde la última fila: yo fui mi mano, en vez de levantarla me puse en pie, salí al centro del pasillo con mi cinturón de balas y tomé el micrófono de una azafata que me miró de arriba abajo.

Querida Amanda la conferenciante se llamaba así, quiero darte las gracias por lo mucho que nos has enseñado. ¡Un hurra por Amanda! La tipa flipaba. También quiero dedicarte una canción, se llama "Tú tranquila y a lo tuyo".

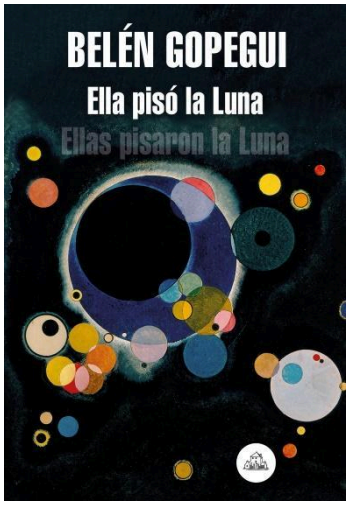
Entonces empecé a cantar.

Soñando ser el tuerto entre los ciegos, pisando a quien se ponga por delante, concéntrate en tus cartas, deja de mirar, que pierdes tu partida. Tú tranquila y a lo tuyo pero no te preocupes por mí…

Unas señoras empezaron a murmurar, y la moderadora le dijo a la azafata que me quitara el micrófono. Yo se lo di sin problemas, la azafata no tenía la culpa de nada.

La chica despeinada me miró, sonreía. La señora se metió conmigo claro. Dijo que esperaba que yo no fuera una muestra del alumnado actual, porque eso querría decir que el sistema educativo atravesaba una grave crisis. Sus fans aplaudieron.

*



Ella pisó la luna. Ellas pisaron la luna

Año de publicación: 2019

Editorial: Penguin Random House

En este elocuente y concentrado texto, Belén Gopegui recurre a su historia familiar, más en concreto a la figura de su madre, para poner de relieve el valor de tantos destinos de mujer que, precisamente por serlo, han quedado relegados o truncados. La historia de Margarita Durán convoca muchas otras y es un documento conmovedor y necesario para la tarea, aún pendiente, de repensar el mundo desde una perspectiva ampliada y contribuir de este modo a transformarlo. El libro es la transcripción de una conferencia impartida por la escritora en el ciclo de *Caixa-Fórum Madrid* titulado *Ni ellas musas, ni ellos genios.*

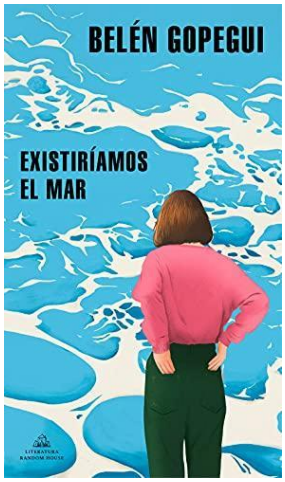
HABLAR DEPRISA

Marga, junto con Virginia Díaz y otras amigas, dio varias charlas en asociaciones y ayuntamientos contando lo ocurrido en Argentina y Chile y el significado de su lucha contra la impunidad. Tanto en las charlas como en su vida diaria, solía hablar muy deprisa. Era, pensábamos, una costumbre, algo, entrecomillemos "natural". Pero años después los estudios feministas detectaron que esa costumbre se daba con mucha frecuencia en las mujeres, pues la mayoría había interiorizado un doble miedo: temía la interrupción, y temía que sus palabras tuviesen menos valor que las de otras personas, hombres por lo general. Enlazo así con el título genérico de este ciclo*: Ni ellas musas, ni ellos genios.*

Le he dado muchas vueltas. Y me he planteado la negación del "ni" como una impugnación de la idea romántica del genio excepcional e individual. Parece que es distinto en la literatura que en la ciencia o que en la vida diaria, pero no es tan distinto. Saben que la palabra *genio* procede de la Antigüedad, y que designaba a un pequeño dios o espíritu protector que nacía, por cierto, con cada varón. El filósofo Epicteto escribió: "Zeus ha situado junto a cada varón—— "junto a cada persona" escribo ahora——, un guardia, un genio particular, confiándolo a su protección. Cuando cerréis vuestras puertas y se haga la oscuridad, recordad que jamás debéis decir que estáis solas: porque, en efecto, no lo estáis, puesto que vuestro genio está en vuestro interior".

Después, casi en seguida, las cosas cambiaron; genio ya no era una presencia, bien que imaginaria, que, si las circunstancias acompañan, puede dar ímpetu a los sueños de cada vida. Genio empezó a designar a seres especiales, que tenían una facultad superior, y gracias a ella se hacían geniales. Y aquí seguimos todavía. Cierto que la teoría del genio sirvió para ayudar a romper algunas normas y permitir ampliar la visión escolar del arte. Pero el precio que se pagó por ello fue altísimo: no solo eso autoestima infatuada de artistas e intelectuales sino, sobre todo, la idea de que hay personas que valen más por el hecho de haber nacido con unas facultades y en medio de unas condiciones que les han permitido desarrollarlas.

¿Diré entonces que todas las personas valen lo mismo? Sí. ¿Diré que todos los actos de las personas son idénticos, tienen el mismo valor, merecen el mismo respeto y queremos concederles el mismo significado? No, no voy a decirlo. Con el pudor casi invencible que produce hablar de familiares próximos, digo que la vida de Margarita Durán merece ser contada y que el significado que demos a historias como la suya intervendrá en, y será causa de, comportamientos presentes y futuros. Hay cientos de miles de vidas de mujeres que no solo merecen ser contadas, sino por las que hemos de luchar para que se cuenten, porque ganarle la pelea a las estructuras depende también de las historias que tengamos. A ver, no es que sería bonito o interesante que se contaran, es que las necesitamos para entender lo que nos está pasando. Sabemos bien que no todo en ellas fue perfecto. Hubo errores, muchos causados por esa vida pública que se entromete en el clima personal, y otros por la obcecada y casi infinita capacidad humana de equivocarnos. Sea como sea, queremos conocer.



Existiríamos el mar

Año de publicación: 2021

Editorial: Penguin Random House

En el portal 26 de la Calle Martín Vargas de Madrid, Lena, Hugo, Ramiro, Camelia y Jara han logrado convertir el piso que comparten en un espacio de vida en común. A sus cuarenta años viven juntos por necesidad y porque forma parte de su manera de entender la convivencia y las relaciones personales. Pero la situación y el carácter de Jara son más inestables: hace tiempo que no tiene trabajo

y siempre vive en vilo. ¿Por eso se ha ido sin avisar y sin dejar nota de su paradero?

*

La compañera de despacho de Camelia tiene que ir a visitar una empresa. Camelia le desea suerte y luego, aunque suelen estar con la puerta abierta, porque el despacho es pequeño y hay mucho movimiento de gente, la cierra. (…)

Camelia se sienta. Como si la hubieran visto, empieza a sonar el teléfono. ¿Cuánto va a durar la riada de reclamaciones que no obtienen respuesta? ¿Cuánto, esas voces desesperadas por la falta de dinero que necesitan no para guardarlo por si acaso, no, lo necesitan para vivir mañana, para vivir hoy, para vivir ayer? Después del pico de la pandemia desaparecieron las pausas; donde antes llegaban tres dudas ahora llegan treinta y siempre queda alguna por resolver. Se han multiplicado las reclamaciones a la inspección de trabajo, las deudas, las bajas por no haber ido al hospital cuando todo estaba detenido y luego por haber ido tarde, los cierres, los ERTE irregulares con personas obligadas a trabajar bajo amenaza, los despidos sin regreso. Poco a poco ha sucedido también aquel lo que Jara reclamaba, muchas personas en paro recurren al sindicato porque no pueden verse a sí mismas como paradas, se niegan a creerlo. Camila atiende con la mayor rapidez, tratando de poner entre paréntesis la certeza de lo poco que pude hacerse. (…)

En la tercera llamada, una chica que se ha presentado como Alba, dice tener treinta años y estar afiliada hace cuatro meses, le comenta que la despidieron antes de la epidemia y ha estado en casa desde entonces, porque nadie ha vuelto a contratarla.

—— ¿Por qué no hay un Stop Despidos igual que hay un Stop Desahucios?——pregunta.

—— Bueno, lo hay, no aquí, pero hay asambleas con colectivos de autodefensa laboral…

—— Ya, ya lo sé, he estado en alguno, por eso te lo estoy diciendo. Porque una cosa no quita la otra. Yo os lo puedo montar dentro del sindicato.

—— Sería complicado…

—— Pues yo lo veo, Julia se queda, Carlos se queda, con toda vuestra información, coordinando los distintos momentos.

—— Sí, pero hay que ir a trabajar cada día, no es como parar un desahucio un día.

—— Buenos, pues se hace cada día.

—— La idea está bien, solo que hay personas que necesitan el despido para cobrar el paro, y aunque parar un desahucio tiene sus riesgos, por ir a parar uno no te echan de tu casa pero con los puestos de trabajo en según qué empresas hay represalias…

—— Vale, vale, pues se estudian los casos, y además, se puede convocar a personas que no trabajen en esas empresas, sería muy potente, yo os coordinaría para que estuvierais también con colectivos de autodefensa laboral.

—— Alguna de nuestra gente sí está. Hay tantos frentes abiertos ahora…

—— Mira…

Ahí Camelia espera una diatriba contra los sindicatos, contra su inercia, su burocracia y su gremialismo.

Alba continúa:

—— Camelia me has dicho que te llamas, ¿no? Qué nombres nos ponen, es qué…, preferiría que el mío no significara nada, ni amanecer, ni sol naciente, pero el tuyo tampoco está mal, una jodida flor, enorme, además.

—— Camelia ríe sin poder evitarlo, aunque la luz de otra llamada entrante lleva tiempo parpadeando y sabe que tiene que colgar. Intenta despedirse.

—— Bueno, Alba…

—— Espera, espera, espera, que tienes pintaza de ir a colgarme. A ver, tía, es que yo voy a morirme. Bueno, tú también. —— se ríe——. Pero a mí me quedan diez meses o por ahí, me han dicho. Ahora salgo, casi no se me nota que estoy sentenciada. Creo que me quedarán cuatro o cinco meses de ir por la calle como si tal cosa. Luego ya no podré. Ah, y no tienes que decir nada, me refiero a cosas tipo: cuánto lo siento, mucho ánimo o seguro que se descubre algo.

—— Recibido—— dice Camelia ——, gracias por contármelo, Alba. Mira, tú empieza a montarlo si quieres, y si necesitas algo llamas, mejor pregunta por mí, no vaya a ser…

—— "No vaya a ser...", eres bastante divertida, Camelia, por lo menos podían haberte puesto Clavel, o Mandarina. Vale, te iré contando.

—— Yo vengo martes y miércoles. Pero si quieres te paso mi correo.

Antes de que Camelia termine la última frase, Alba ya ha colgado.

*

Jara abre la puerta del altillo, ahí todo es provisional: la habitación, la cama, el ventanuco, los tomates en la nevera, el infiernillo, los pocos libros sobre una caja y el resto en su memoria. Piensa en los viajes de los cuatro. Las relaciones, más leves que un objeto, más frágiles a veces, menos duraderas, no son sin embargo provisionales, sino que se parecen a la respiración de las plantas, sin ella no habría atmósfera ni, por lo tanto, estatuas, ordenadores, orgullo, valentía, abrazos, amistad. Jara se sienta a la mesa, saca un viejo cuaderno y arranca unas hojas. Escribirá a Renata, ya es hora.

Una luna casi llena brilla en el cielo, aunque es de día. Jara no sabe que Renata se ha detenido un momento camino de la casa de unos amigos y ha reparado en esa luna diurna, y ha recordado los ratos en los que Jara y ella, al perforar los folios para poder ponerlos en un archivador, producían montones de diminutos círculos blancos y solína guardarlos en un frasco transparente, al que llamaban de lunas, para usarlos de confeti o para algún trabajo manual de clase. Hay sincronías, momentos en que dos pensamientos

coninciden en un punto, entonces se produce una llamada y la persona que la recibe responde: Estaba justo pensando en ti. Según la probabilidad, no es tan difícil que suceda, aunque la llamada pertenezca a una de los siete mil millones de personas del mundo, la probabilidad se obtienes contemplando solo al conjunto de personas que por circunstancias diversas están en la órbita de los pensamientos de ambas. La coincidencia entre Renata y Jara, en ese momento, pertenece a un ámbito más difícil de medir, el de los sucesos que ocurren pero no se conocen. No llega a conocerse y sin embargo ha sucedido que alguien pensara en otra persona en el instante en que otra la evocaba, le escribía, hablaba en silencia con ella. En el mundo está detrás de la frente la lluvia no moja y no se encuentran las manos, pero a veces se diría que las mentes se tocan con una pasión urgente y muy carnal. No siempre lo que pasa detrás de la frente es vida interiro trucada, escapatoria, forma de no estar donde se debe. Detrás de la frente la realidad existe y hay que vivir ahí también.

Frases y pensamientos.com: selección de algunas frases de la autora